



## Apártame un Lugar, Por Favor... Save Me a Place, Please...

Por/by Elvira Laura Hernández

Camino dos, cuatro, seis cuadras más, no importa, si ya llevo media hora esperando el camión, unos minutos más, en lo que recorro otras paradas, significan poco. Todo sea por conseguir un asiento y si es del lado de la ventana mucho mejor.

Un lugar en la Ruta 100 es un verdadero alivio. Desde ahí se contempla a la gente que va y viene, presurosa, ensimismada; a las señoras que corren con sus hijos para llegar a tiempo a la escuela; a los burócratas serios y trajeados; a los privilegiados que traen coche, a veces van cantando, siempre solos y desde mi ventanilla envidio un poco sus asientos vacíos, esos por los que siempre peleo para estar cómoda y, principalmente, porque ya instalada ahí, nadie puede empujarme, ni sufro codazos y mucho menos esos horribles rozones, tocadas, palmaditas, manoseadas, nalgadas...en una palabra, ese hostigamiento sexual que sufrimos siempre por parte de nuestros "caballeros" compañeros de autobús.

Pero no siempre tengo suerte y debo ir de pie, protegiéndome como pueda, con la bolsa y la carpeta, incomodándome cuando un tipo se para detrás de mí y siento que su cuerpo comienza a pegarse demasiado al mío; entonces empiezo a empujarlo discretamente (¿por qué todas hacemos lo mismo?), o intento cambiarme de lugar para esquivarlo, decisión difícil de llevar a cabo cuando ni siquiera puedes moverte ni un centímetro hacia cualquier lado, mientras el camión, lleno-lleño, avanza a toda velocidad por Insurgentes, por cualquier eje vial, por Miguel Angel de Quevedo y el cuerpo de ese maldito pegado a ti, incomodándote, avergonzándote, humillándote.

I walk two, four, six blocks more, it doesn't matter since I've already spent half an hour waiting for the bus, during which I've run past other stops, it makes no difference. All of this to get a seat and if it's next to the window, even better.

A seat in Route 100 is a real relief, from it you can look at people coming and going, hurried, wrapped in thought; at women running to get their kids to school on time; at the sombre, be-suited bureaucrats, at the privileged who drive their cars, who sometimes sing and are always alone. From my window, I'm a little jealous of their empty seats, seats I always have to fight for to be comfortable but mostly because once I'm installed in it, no one can push me. I don't have to put up with elbow digs and much less the horrible rubbing, touching, patting, fondling, in other words the sexual harassment that we women are subjected to by our "gentlemen" fellow riders.

I'm not always lucky and I have to stand, protecting myself in any way I can with my bag, my folder, feeling uncomfortable when some guy stands behind me and I feel his body start to push too close to mine; then I begin to push him away discreetly (why do we all do this?) or I try to shift my position to get away from him, which is impossible when one can't move an inch in any direction; and all the time the bus—full to the brim—is rushing at top speed down Insurgentes in any lane it can find, down Miguel Angel de Quevedo and this jerk's body is stuck to you, making you uncomfortable, ashamed and humiliated.



A veces quisiera tener el coraje de mi amiga Maribel y no sólo empujarlos con fuerza, sino decirles sus verdades, gritarle al chofer, como un día hizo ella: “¡Abra la puerta que se va a bajar un degenerado! ¡Bájate cabrón!” Y el hombre aquél, al que por cierto rara vez le miras la cara, se fue abochornado, subiéndose el cierre del pantalón con rapidez, en tanto yo me ponía toda colorada y una estúpida señora comentaba: “¡Cómo no las va a molestar si traen esas provocativas minifaldas!” Maribel seguía maldiciendo, hablaba de los derechos de la mujer infinitamente violados, feminista tenía que ser.

En cambio yo no tengo ese don de palabra y prefiero conseguir un asiento que marque mi distancia con ellos, que se convierta en un espacio salvador.

¡Ah! Si llega a tocarme el asiento del pasillo ¡triste mi historia! Como el camión va tan lleno, cualquiera que intente sujetarse del tubo del asiento te jala el cabello y hasta te pica un ojo. No faltan las señoras envidiosas que, por verte sentadita, casi embarran su panza con tu nariz, o los hombres que casi van masturbándose con tu hombro; entonces nuevamente luchas discretamente para esquivarlo, te inclinas lo más que puedes hacia la izquierda para no sentirlo.

Por eso prefiero sentarme en un lugar junto a la ventanilla y así puedo leer un libro, contemplar ese paisaje urbano tan parte de mí, al que nunca cambiaría ni cuando voy en el estribo del camión, porque ya se me hizo tarde y el aire despeña aún más mis cabellos y mi falda al viento parece torear los carros que circulan por ahí.

Es por eso que mejor me levanto muy temprano para viajar en mi Ruta 100, con mi “llave del mundo”: el abono de transporte, y camino muchas cuadras hasta llegar en ocasiones a la terminal, solamente para ganar ese lugarcito que peleo a como dé lugar.

En el metro es lo mismo, aunque ahí cuento hasta tres e ignoro el aviso “antes de entrar deje salir”, y como jugador de fútbol americano arremeto contra todos para entrar primero y ganar un lugar. Pero en este gusano naranja resulta tan difícil; muchas señoras llegan a aventar a sus hijos para ganar un asiento y yo me quedo con un palmo de narices cuando, a punto de sentarme, algún chamaquito que sonrío estúpidamente ya fue aventado por su madre y triunfante, se recuesta en ese lugar que estaba destinado para mí.

Entonces tengo que irme parada, apretujada, alerta, por si hay algún enfrenón y no vaya a terminar en la cabina del conductor, atenta de que nadie se coloque detrás de mí e importune mi cotidiano recorrido de Balderas a Universidad.

Otras señoras cargan a sus hijos y ponen—o tienen—cara de cansancio, pero resulta muy raro que alguien les dé un lugar, ni caballeros ni damas.

Los que van felices de pie son las parejas de novios que, entre el brincoteo del tren por la vía, aprovechan de abrazarse y besarse, aunque ha habido casos que el galán no se conforma únicamente con la damisela, y aprovecha la multitud para “comparar” a su prometida con la vecina de transporte. Un día Rebeca, mi compañera de trabajo, luchaba ferozmente por esquivar la mano del pulpo que abrazaba a la novia y amenazaba con recorrer también su cuerpo.

Sometimes I would like to have my friend Maribel’s courage, not only to shove them away but also to tell them a thing or two, to shout to the driver like she did one day, “Open the door, a pervert is going to get off! Get off, you fucking asshole.” And that man, whose face you rarely look at, gets off, beet red, quickly zipping up his pants. I turned just as red and a stupid woman snaps, “What do they expect, if they wear those provocative miniskirts!” Maribel went on cursing and yelling about the violated rights of women; she had to be a feminist.

I, on the other hand, don’t have her guts and prefer to get a seat which keeps my distance from them and becomes my sanctuary.

If I end up in the aisle seat, Oh! poor me! When the bus is so full anyone who tries to hang on to the rail on the back of the seat yanks your hair or nearly pokes your eye out. There is no shortage of jealous women who, when they see you have a seat, shove their bellies in your face, or the men who nearly come on your shoulder. So once again you discreetly try to avoid him, you lean as much as possible to the left so you don’t feel him.

That’s why I prefer to sit next to the window. I can read a book, contemplate the urban scenery that is so much a part of me, which I would never change, not even when I’m hanging half out of the bus; because I’m late and the wind is messing up my hair and my skirt is flapping at the cars like a bullfighter’s cape.

This is why I wake up very early in order to ride Route 100 with my “pass to the world”—my bus pass—and I walk blocks to the terminal just so that I can find my seat—the one I have to fight for in any way I can.

In the metro it’s the same ordeal even though I count to three and ignore the sign “Let Others Off Before You Get On” and like an American football player I overtake everyone just to win a seat. In this orange worm it’s almost impossible; mothers tend to throw their kids over people so they land on a vacant seat and just as I’m about to sit down the kid smiles triumphantly and leans back in the seat destined for me.

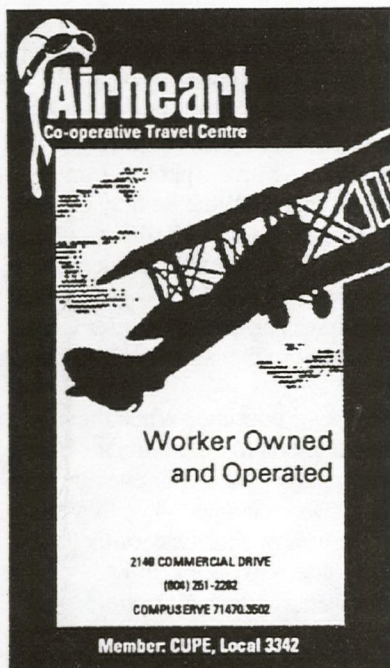
Then I have to ride standing up, squashed, alert just in case it brakes suddenly and I wind up in the conductor’s cabin, watchful that someone doesn’t stand behind me and interrupt my daily journey from Balderas to Universidad.

Other women carry their kids and put on—or have—a tired look but it’s rare that someone will give up their seat, either women or men.

The only riders happy to be standing up are couples who take advantage of sudden stops to hug and kiss although there have been cases when the man is not satisfied with his partner and “compares” her to the woman beside them. One day, my co-worker Rebeca struggled fiercely to avoid “octopus-hands” who embraced his companion and threatened to fondle Rebeca’s body as well.

I think this is a struggle most women face when using public transport in the city: we are always on the defensive, suspecting even the nice man who offers to help us off the bus or is nice enough to look for the shoe we lost as we tried to get off at Pino Suarez, and got trampled by a mass of people.





**Airheart**  
Co-operative Travel Centre

Worker Owned  
and Operated

2148 COMMERCIAL DRIVE  
(804) 251-2282  
COMPU SERVE 71470.3502

Member: CUPE, Local 3342



**LA QUENA COFFEEHOUSE**

Speakers • Benefits  
Entertainment  
Info-Center  
Latin American Food  
Catering

La Quena Coffee House is a non-profit project of the Canadian Latin American Cultural Society (CLACS)

1111 COMMERCIAL DR.  
VANCOUVER, B.C. V6L 3Y3

251-6626

Creo que esta es una lucha que siempre libramos las mujeres en los medios de transporte de la ciudad; estamos a la defensiva, dudando incluso cuando un gentil caballero extiende su mano para ayudarnos a bajar del camión o se solidariza a buscar el zapato que perdimos al momento de querer bajar en Pino Suárez y una masa humana nos lo impedía.

Anécdotas las hay y muchas; "a mí hasta me han abierto la blusa los muy desgraciados", "me dio el lugar pero me senté en su mano que el descaradísimo puso en el lugar reservado supuestamente para mí", "me alzaron la falda", "todavía conservo esa horrible sensación de que está parado detrás de mí, apretujándose contra mi cuerpo, pero si gritaba ¿qué iban a pensar de mí?", "le marqué el rostro para siempre, al mismo tiempo que su mano se posó en mi trasero yo sumergí mis uñas en lo más profundo de su mejilla", "¿tú crees que unos policías se ponían junto al primer escalón nada más que para verle las pantaletas a las chavas que subían por esas escaleras?", "sí, sí, su pene era lo que rozaba mi falda, por eso jalé la palanca de emergencia, ¿cómo se atreve a decir que no era para tanto?", "me subo de ladito al Ruta 100 porque cuando traigo falda los choferes se inclinan para verte los calzones"... Vivencias cotidianas de las mujeres que usamos el metro, el camión, el trolebús; mujeres que sufrimos continuamente hostigamiento sexual, a cada minuto, en cada estación, en cualquier eje vial. Por eso, apártame un lugar, por favor, cuando veas que subo al metro o al Ruta 100.

*Versión editada de la Revista FEM, /junio/1989, con permiso de la autora.*

There are many anecdotes: "The jerks even tried to unbutton my blouse"; "Pretending to save me a place, the asshole stuck his hand where I was going to sit"; "They lifted up my skirt"; "I can still feel his body pressed against mine, but if I screamed, what would people think of me?"; "I scarred him for life: at the same time he went for my behind, I dug my nails in his face"; "Can you believe some policemen stand on the first step just so that they can see women's underwear as they get on the bus"; "Yes, yes it was his penis, pressing against my skirt, that's why I pulled the emergency cord. How dare they say it wasn't a big deal?"; "I step on to Route 100 sideways, just so the driver doesn't lean forward to see my underwear"... These are the daily experiences of all of us who take the metro, the bus, the street car: women who suffer sexual harassment every moment at every stop, this is why you should save me a place when you see me get on Route 100.

*Translation by Janet Duckworth and Jazmín Miranda*

